

Otro escollo es la generosa simpatía que hace se crea la justicia de parte del más débil, de la víctima desarmada, de aquel que sucumbe, y admirar las fuerzas sociales, que se forman ellas mismas con el desarrollo de su propia energía. De esta manera, después de haber tenido horror á los emperadores romanos por sus brutales persecuciones, se simpatizó con los papas, que resistían al acero con la palabra; después de haber maldecido á los moros invasores de España, hubo compasión para ellos cuando Felipe III los esterminó; después de haber reprobado las constituciones de la Polonia y de la Hungría, se tembló cuando fueron sofocadas en la sangre. Se maldijo á Enrique VIII porque dió muerte á los católicos, y al mismo tiempo á Felipe II y á Maria Tudor, porque se entregaron á reacciones sanguinarias; estos son en verdad sentimientos muy escusables, y sin embargo el historiador no debe confundir la desgracia con la virtud, ni la debilidad con el martirio.

Pertenécele sin embargo desmentir aquellos que hacen al éxito juez de la moralidad; y quieren siempre que la causa que vence sea la mejor, hasta el punto de decir no solamente: ¡ay de los vencidos! sino también ¡vergüenza á los vencidos! No, en la historia no se debe juzgar el derecho por el hecho; porque si éste produjese el otro, la guerra obtendría una importancia suprema, la que tan pronto hace triunfar el derecho como lo desprecia.

Las historias de los autores modernos han sido echadas á perder por dos cosas, el entusiasmo y el miedo. El entusiasmo hacía la antigüedad, incitaba á que se le comparase todo, y al mismo tiempo á encontrar en todas partes los mismos hombres, las mismas virtudes, la misma moral en la vida privada y pública, sin calcular la inmensa diferencia que existía entre la individualidad antigua y las masas modernas, y la que existe entre los manuscritos y la imprenta; por esto es por lo que hemos continuado peleando con encarnizamiento en derredor del cadáver de Patroclo; por esto es por lo que no hemos cesado de clamar como los romanos *majores nostri*; por esto es por lo que toda una generación se ha sacrificado con frecuencia á dos ó tres héroes predilectos. El temor á los reyes fué menos funesto que el de los filósofos; porque si se colocaba unó al abrigo de la cólera de los príncipes con reticencias y alegorías, se tenía que sufrir sin remedio el tiro de los enciclopedistas, únicos dispensadores de la gloria. Se observa en Raynal, en Gibbon y otros escritores afamados, el cuidado de escapar á la burla de estos Sansones que hacían caer el templo. Rousseau no se libertó de ellos sino escediéndoles en sus extravagancias.

De aquí una débil condescendencia, una disimulada imitación por lo cual se generalizó el abuso de la filosofía, que consistía en abstraer, dividir, analizar, disecar y descomponer. De aquí la necesidad del análisis considerado como único método, con frecuencia abusivo y á veces mal comprendido. La Grange titula *analítica* su *Mecánica*, cuyo

gran mérito consiste precisamente en ser sintética, en atención á que deduce de los principios generales todos los secundarios, y hasta los hechos más particulares (27). El análisis y la síntesis son los dos procedimientos esenciales y constantes de la lógica, en los que una idea general se descompone en ideas particulares, después se eleva de nuevo á otra también general, aislando primero y acercando después los fenómenos. El análisis, dice el profundo Wronski, es retrogresivo, puesto que remonta la corriente de los hechos; la síntesis es progresiva porque los secunda. El primero abre el camino que conduce á la verdad, y la segunda revela su encadenamiento; el análisis considera los acontecimientos bajo todos sus aspectos, interroga la experiencia, y por vía de inducción se eleva de causa en causa hasta la que domina á todas; la síntesis, partiendo del hecho superior que manda á los hechos subordinados, desciende á las causas secundarias, á los efectos más particulares, explicando los fenómenos por medio de su misma concepción, ó por mejor decir, justificando ésta con ayuda de los resultados verdaderos de la experiencia y de la observación. De esta manera es como el médico estudia separadamente cada uno de los tejidos elementales de la organización, de la que forma la anatomía histológica; y después la anatomía trascendente vuelve á conducir las variedades á la unidad, no por un instinto vago de generalizar, sino para la determinación científica de las semejanzas positivas. Los dos métodos se parecen, pues, al juego de los nervios y de los músculos en el movimiento humano, también al ascenso y al descenso del piston en la bomba, y uno sólo nunca dará enteramente la filosofía. El análisis os dirá que todas las sustancias orgánicas se componen de oxígeno, hidrógeno, carbono y ázoe; pero por esto se ha de confundir la rosa con la ortiga, el inmundo cerdo con la doncella cuya vista nos hace palpar? La física, la música, la mecánica nos han dado los elementos de los sonidos; pero quién revelará el secreto con cuya ayuda Rossini ha compuesto sus sinfonías?

Ahora bien, los maestros del siglo pasado hicieron el análisis superior á todo, y erigieron edificios que no reciben ninguna luz por la parte de arriba. De aquí aquella crítica sin ninguna idea moral, la exclusiva preocupación con respecto á las causas exteriores, descuidando las verdaderas, abandonando los rasgos distintivos de la historia, de aquí la antigüedad restaurada á manera de la cabeza de Dante últimamente descubierta en Florencia, que ofrece un hermoso perfil, pero sin un ojo; de aquí también la pretensión de hacer positivas las ciencias históricas con ayuda de las probabilidades matemáticas, teoría nacida con Jacobo Bernoulli, reproducida por Condorcet, proclamada por La Place, y que repugna al verdadero análisis histórico, en atención á que pretende subordinar al cálculo numérico el fondo íntimo de una nacionalidad, la condición individual de un Estado, del que se derivan circunstancias locales y complicaciones extravagantes en la apariencia, que se escapan á los juicios deducidos de una regla general, hasta que no se conoce la naturaleza y los accesorios de la situación histórica.

(27) Sería preciso poner á la vista de ciertas maravillosas historias de las ciencias, hechas pieza á pieza, los admirables capítulos preliminares de las diferentes secciones de la *Mecánica analítica*.

neologías y los blasones, el pueblo la dedicó á escribir la historia de la plebe, de su lenguaje, religión, industria, bellas artes, arrojando del altar la fuerza y manifestando ser voz de Dios la voz del pueblo, que se mira encarnada en los héroes, y expresadas sus propias necesidades en los grandes inventores; sustituye su nombre al de los Rómulos y Solones, como á los Homeros y Esopos, y se contempla él mismo en las religiones, así como en las revoluciones.

De esta manera es cómo cada siglo rehace la historia bajo un punto de vista.

Sin embargo, la moderna obtuvo su parte de atención que antes se concedía exclusivamente á la antigua. La suerte de los pueblos fué juzgada según ciertos principios generales; las vicisitudes se unen á las de toda la humanidad. No teniendo, pues, por objeto la narración adular á los príncipes, sino hacerse oír de las masas, fué más animada, más desarrollada con aplicaciones á lo presente, y propagó la idea de la libertad con que vive.

Ahora bien, la historia es el mejor remedio contra este espíritu absoluto que ha puesto obstáculos á la justa apreciación, á la esposición exacta de los hechos. Porque, poniendo las teorías á prueba de las aplicaciones, muestra la diferencia entre lo bueno y lo posible, y hace ver que á veces el mal protege al bien, que lo falso se mezcla con lo verdadero, hasta el punto de ser necesario sufrir la cizaña para no estirpar el buen grano de ella. A las vicisitudes del hombre interior, es decir, de la conciencia, asocia en sus grandes lecciones las del hombre exterior, es decir, el desarrollo de los Estados al través de los siglos: hace coincidir la ciencia de los hechos y la de la política, tratadas racionalmente, y marchar paralelamente con ella á la jurisprudencia, dos formas sucesivas de la misma idea. En Alemania, una escuela metafísica de juriconsultos se tituló histórica, porque se impuso principalmente por tarea unir el conjunto de la legislación al estado correspondiente de la sociedad á cada época de lo pasado, y esto, aunque algunos de sus miembros se inclinaron al optimismo y otros á la fatalidad.

Cuando Montesquieu exclamaba: ¡Feliz el pueblo cuya historia es fastidiosa! Cuando otros alabaron los gobiernos cuyo elogio hacía el silencio de la historia, creyeron que el único bien existía en la privación del mal, y que el relato debía limitarse á los hechos ruidosos y épicos. Pero aquel que observa la sociedad en sus elementos, es decir, en lo útil, lo justo, lo hermoso, lo santo, lo verdadero, y en su triple símbolo, la Iglesia, la escuela y el mostrador, éste pide á la historia otros goces que las matanzas de los campos de batalla, otras diversiones que las fiestas de las cortes, y otras glorias que las conquistas. Watt y Arkwright, que cambian las condiciones del trabajo, sustituyendo las máquinas á los brazos, y las grandes asociaciones á la pequeña industria, son más dig-



nos de memoria á sus ojos, que muchos héroes admirados y maldecidos.

Creemos que el espíritu humano no se revela del todo sino en el conjunto de sus obras: cada paso en la ciencia es la huella de los hombres que han vivido; tal planta es el vestigio que ha quedado de Linneo y Tournefort; tal demostración matemática manifiesta la existencia de Pitágoras y Galileo. Lo pasado debe en su consecuencia considerarse como un sentimiento vivo de lo presente, y buscar en las historias parciales la significación de las generales. Detrás del mundo político se mueve el mundo del sentimiento, de la inteligencia y de la industria; detrás de los reyes y los jefes de las revoluciones, existen el sacerdote que ruega, el poeta que canta, el autor que escribe, el sabio que medita, el artista que dibuja y el obrero que trabaja. Todos viven con vida propia, pero respirando la atmósfera común, recibiendo la luz á través de los vidrios pintados con los colores del siglo. De esta manera, esta palabra, *Soy hombre, nada de lo que corresponde al hombre me es extraño*, conviene perfectamente al historiador, porque todo le sirve para formular la condición social, ya las invenciones de la industria ó los caprichos de la vanidad, ya la autoridad de la razón, la filosofía del talento ó la moral del deber; y además todo lo que se ofrece á él en las tres vías por las cuales produce el espíritu humano, la experiencia, la razón y la imaginación; este conjunto de actividad y ociosidad que se manifiesta en el hombre como en todas las cosas; las inclinaciones de la naturaleza humana y los conceptos de la inteligencia; en fin, la trinidad y la unidad del ser intelectual, moral y físico.

**Universalidad de la historia.**—No hemos creído poder emprender esta tarea sin abrazar la misma unidad la vida de todos los pueblos, y fuimos los primeros que escribimos ó más bien intentamos tratar la historia entera de la humanidad, no la sucesiva de algunas naciones, no la única política de todas, sino la de la humanidad que marcha, ya avanzando, ya dilatándose al través de sus desastres. Sin embargo, así como la escuela histórica de los juriconsultos de que ya hemos hablado, no consideró si un código era necesario, sino que declarando la imposibilidad de hacerle perfecto, sacó en consecuencia que comenzar lo era de parte del legislador una intervención orgullosa é impotente; del mismo modo no pudiendo hacerse una historia universal completa, también se podía desaprobar una tentativa de esta clase. Pero esta máxima tan profunda como desconsoladora de Goethe: *Para saber alguna cosa es preciso saberlo todo*, ¿no nos conduciría á no escribir nada? Nos hemos atrevido, pues, aunque con fuerzas sin duda muy inferiores á la empresa, á distribuir el color sobre un dibujo enteramente nuevo y con medios nuevos, á lo menos en su union. Hemos marchado siempre desconfiando de los aplausos, pero sacando nueva energía de la desacostumbrada violencia de los

ataques: en el día nos apresuramos á llegar al término antes de que lleguen las arrugas que la vejez imprime tanto en el espíritu como en la frente.

Nunca, en el cuerpo de la obra, hemos distraído la atención del lector sobre el autor, porque la debe enteramente al asunto; pero esta es la tercera ojeada general que dirigimos sobre nuestra empresa y sobre nosotros mismos. El paso es escabroso, en atención á que todo resumen se puede censurar más fácilmente por lo que omite, que apreciar por lo que contiene; además, es una ley, una necesidad ó una falta de todo prefacio, afirmar más bien que discutir, presentar aserciones genéricas más bien que esponer hechos distintos. ¿Pero qué importa? Nuestra reputación de temeridad está ya hecha, y nunca hemos aspirado al miserable honor de agradar al vulgo de los doctos, ni al peligroso de complacer á un partido. Hemos corrocido que una gran idea se empobrece entre las manos de los imitadores; pero nos hemos persuadido de que una obra estensa no debe tratarse ligeramente, aun menos por los que no la comprenden.

Ahora bien, al dirigirme directamente por la última vez á los lectores que me habrá conciliado, me complazco en creerlo, una compañía prolongada, conozco la necesidad de volver á decir algunas palabras sobre mi trabajo. He continuado mi camino entre dos escollos, la avara erudición que daña al interés, y la ideología que incomoda á la verdad; y esforzándome en vencer, por un lado el fastidio, y por otro el error, he espuesto con franqueza lo que habia estudiado con simpatía, libre de las preocupaciones sistemáticas, sin apoyarme sin embargo en las escepciones; reconociendo á la ciencia moderna los trofeos de su reciente conquista; imparcial en tanto que la imparcialidad es compatible con la naturaleza del hombre, y para con los hombres, de los acontecimientos de los que somos criaturas y víctimas; ilustrando los hechos por amor á la verdad y la necesidad de la certidumbre; teniendo horror á teorías vagas, fué mi propósito avivado por la noble pretension de ser justo é intrépido, y por la imperiosa osadía de la voluntad necesaria al que erigiéndose en juez, debe ó renunciar á su tarea, ó sufrir por ella el martirio.

Me he propuesto evitar la fórmulas generales que dispensan de las ideas exactas, conociendo de que el historiador, en su cualidad de juez, debe dar los motivos de su sentencia, pero no titubear en proclamarla. Desde entonces resolví sujetarme á la filosofía clara, neta, sensata, práctica en nuestra Italia, más bien que á sistemas nebulosos ó atractivas paradojas; no suponer muchas cosas conocidas de los lectores, y no enviarlos á otros libros sino cuando yo mismo no hubiera concebido una idea completa, ó que no pudiera desenvolverla; no callar verdades porque otros las hubieran ya dicho, en atención á que no hay una verdad que sea inútil que se repita; no recurrir á las transac-

ciones de la timidez ni á las recriminaciones del oprimido; no disimular mis opiniones bajo las frases dubitativas que salvan de la tiranía á los años desdenes, y de la guerra, en la cual dos partidos contrarios os atacan igualmente; porque los partidos son por su naturaleza estremados, y el hombre sensato debe seguir su camino por entre ellos. Es fácil y agradable caminar por senderos practicables, llevado por inteligencias limitadas que aplauden en uno su propia medianía; pero la exageración es el lenguaje de las sociedades en decadencia: la verdad es la necesidad de las bien ordenadas y de las que se regeneran.

Precisado el escritor á publicar su obra por fragmentos, y tener que habérselas, por consecuencia, con lectores poco atentos (28), encuentra una dificultad mayor en hacer comprender la armonía de sus pensamientos; es, sin embargo, imposible formarse sin esto un juicio completo de una obra. Así es, que mientras que se dirige á lo lejos la mirada del lector sobre el progreso del universo, una pedantería miope os hará un cargo de no jurar por Herodoto ni Tito Livio; seréis asaltados de las inquisiciones mezquinas de los que no saben elevarse á la altura, en la que todo lo que es hermoso y verdadero se reune y confunde; se exigirá que no digais nada de lo que otros han dicho, y al mismo tiempo os opondrán los juicios de otro, que serán diferentes del vuestro; aislarán frases y razonamientos que no tienen sentido sino en su conjunto, y se os atribuirán opiniones que no habreis hecho más que referir con la lealtad que no sabe disimular una objeción, ó buscarán sorprenderos en una palabra desmentida por el hecho con aquel arte perpétuo é infame de los sofistas, que separando una frase del contexto, alterando su significado y mascándola, la mezclan con su mortífera saliva, y la escupen venenosa contra aquel por quien habia sido noblemente proferida (29).

No hay, pues, de que admirarse de los juicios tan diversos emitidos sobre un libro, sobre todo por aquellos que no le han leído. No debe tampoco admirar en una época de libertad y hasta de licencia del pensamiento, en la que se lee por ociosidad ó por distracción; cuando cada sonido se acepta como una idea; cuando adquirida la ciencia y perdida la calma, con menos inteligencia y más precipitación aplicamos los principios sin estudiarlos; pensamos á medias y esponemos antes de madurar; cuando los partidos tienen la arrogancia de manifestar que poseen exclusivamente lo bello y lo verdadero sin exauñar siquiera las opi-

niones contrarias, y todos tratan de encubrir la debilidad de la duda bajo la violencia de las palabras, sin cuidarse de si tienen razón en el fondo de su resentimiento.

Aquí la palabra ha tomado un carácter acre; y el lector tal vez vituperará á quien después de tantos volúmenes cambiados, deja correr sus disgustos en una página, donde aunque piensa, es sólo con el corazón, concentrando en un punto la amargura que ha sorbido gota á gota en algunos años. Si en un país donde son tantos los obstáculos, poquísimos los consuelos, ninguno los auxilios, se ve uno sólo y vilmente atacado, ¿sería digno en el combate afectar la serenidad del triunfo, despreciar al lector cual si le fuese indiferente su asentimiento, ó reputar tan abyecta la literatura nacional y los que la custodian, que los creyese hasta indignos de hablar de ella? Sin embargo no tiene razón para quejarse: el buen espartano, que se queja cuando la zorra le roe las entrañas, adquiere la nota de cobarde; si entre los estragos muere callando, los espectadores gritan: ¡Bravo!

Pero llega el día de la recompensa, el de la muerte, ó lo que es lo mismo, aquel en que el hombre, cansado ó debilitado, arroja la pluma y cesa de escitar las mezquinas emulaciones contemporáneas. A quien nada hizo jamás, al que no hace ya, y al que repite que está haciendo, se les llaman grandes hombres (30), para ellos son los honores y premios, y lo que más importa, la paz, —aquella paz á cual nuestra indolente generación sacrifica sus convicciones y su dignidad.

Si, la tienen; pero hay gentes para quienes el peligro y la lucha tienen tanto atractivo, como para otros el éxito y el triunfo. ¿La paz del indiferente y del obsequioso puede nunca compararse á la inmensa alegría que se experimenta en señalarse por alguna obra; en emitir una palabra que procede del corazón y se dirige á él, que revela con intrepidez sentimientos que se experimentan en el ardor de la juventud, y que se conservarán aun cuando este ardor se haya entibiado por la edad; saber, en fin, que se encuentra un eco envidiable en millares de corazones vírgenes aun, y de almas libres de preocupaciones?

Por otra parte, ¿cuánto no tiene un autor que aprovecharse de la obligación en que se encuentra de no confiarse más que á sí mismo, y buscar desde entonces toda la energía probable, sin dejarse lisonjear por la condescendencia de otro, ni usarla con respecto á sí mismo; y en la necesidad de llenar un corazón avaro de benevolencia, de penetrarse de sus asuntos con toda la pasión de la juventud, de la persuasión y de la cólera? El exceso de la

(28) «Hay un punto sobre el cual es preciso resignarse á él cuando se escribe: es el ser leído con ligereza, y ser juzgado sobre todos los puntos.» SAY. *Tomo pequeño.*

(29) La acusación más repetida y menos racional que se me ha dirigido es la de no poner citas. Basta mirar al pie de mis páginas; además que NADIE apoyó tanto su narración como se apoya en esta obra enriquecida con tantas aclaraciones y documentos.

(30) Si el poder de mi nombre se ha aumentado, es porque he dejado de escribir, decía Chateaubriand en una carta de 1 de julio de 1842; y Vernet decia á Greuze: *Escúchame, deja de ser pintor, y al momento la academia cantará tus alabanzas.*



opresion se convierte en fuerza; la viga golpeada sin cesar por la maza de hierro, se clava cada vez más profundamente en el suelo, y pronto se halla en estado de sostener el puente que reúne las dos opuestas orillas.

Espero que si no he podido ver ayudado por el consejo de los maestros, y por la crítica que sinceramente un error cometido, sino que advierte el evitar otro; espero, digo, que mi obra tendrá más originalidad de idea; porque no habrá tenido que estar sujeta á oficiosas condescendencias para con aquellos que la hayan favorecido, á transacciones que parecen una obligación con los que están acordes con vos sobre cien puntos, y difieren de parecer sobre otros dos ó tres; al respecto á hombres, autores, doctrinas y máximas, que sin que se perciban nos está impuesto por la costumbre de simpatizar con personas amigas. Felizmente el que no ambiciona la recompensa de los grandes, ni adula á la plebe de los doctos, puede en el día decir una gran parte de la verdad. El dominio del pensamiento no inspira envidia al de la materia, insuficiente por otra parte para zeparle; el público compra las obras de los autores, y no un Mecenas que paga sus servicios.

Però llegar al colmo del arte, que consiste en la armonía entre la imaginación, el pensamiento y la forma, obtener la sencillez y la facilidad, sin las cuales no hay dignidad para el hombre, ni originalidad para el escritor; disponer á su antojo del poder de la palabra, que hace proceder de un mismo manantial la invención, la convicción y la elocuencia; unir el cálculo al atrevimiento, y la prudencia al arrebato, fundir los hechos con la moral, no de palabras, sino de acción, encontrar el secreto de ser sabio sin parecerlo, hacer comprender al lector instruido, que se sabe más que lo que se dice, y que se ha tenido bastante valor para ocultarlo; estas son, sin duda, las que han podido ser mis intenciones; pero conozco cuán distante está el resultado de ellas. De todos modos, si no he obtenido lo que hubiera querido alabar en los demás historiadores, ¡ojalá haya yo al menos evitado lo que he vituperado en ellos! Se ha tachado de despecho esta severidad; pero ¿qué hombre sería bastante abyecto para despreciar á los que le han precedido, cuando él mismo sigue con diferente paso la senda que le habían marcado? No es con semejantes pensamientos cómo se ha formado mi corazón; el primero que me inspiró el amor á esta clase de estudios, y cuya palabra, que me animaba y era más poderosa que el precepto y el ejemplo, me acostumbró á considerar lo pasado libre de la preocupación oficial de las escuelas ó de las prevenciones clásicas de las academias, y á adquirir la independencia de exámen que puede hacer errar, pero no confundirlo á uno con la generalidad del vulgo. No cesaba de repetirme: «Es un deber para todos conocer los pensamientos y acciones de los que nos han precedido en la vida,

y es una obligación particular de los italianos, escuchar y hacer oír la palabra eficaz de la historia, precisados como están á buscar en lo pasado simpatías, consuelos ó esperanzas. Pero para esto, no bastan los libros: es preciso visitar los lugares, interrogar las tradiciones, ver en juego las pasiones, meditar en la soledad sobre los demás y sobre sí mismo, comer el pan del pueblo, en quien se encuentra la fe del porvenir.—La ignorancia y la presunción adquieren un aire de sabio escepticismo, para negar las causas remotas de los efectos presentes; pero un estudio infatigable nos hace conocer los vínculos que unen la ironía de Sócrates á las matanzas de Espartaco, Graco á Mirabeau, la venida de Carlomagno al avasallamiento de la Italia; al ver el bien salir del mal, del feudalismo los conejos; de los nidos de piratas las ciudades anseáticas; de la guillotina el código de Napoleón, y el progreso marcado por la Providencia, tan pronto en una institución como en una guerra, en un hombre como en una doctrina. Hacer estas causas evidentes al lector, es el único medio de obtener que lo pasado aproveche á lo presente, y que los acontecimientos antiguos expliquen los de nuestra época.

»Los especuladores de la ciencia, sabios sólo en fechas y en clasificaciones para repeticiones que Cicerón es el orador romano, César el escritor de los *Comentarios*. Dante el cantor de la *Divina Comedia*, no usurpan el título de historiadores, ni tampoco los que se contentan con un lujo estéril de conocimientos, sin recordar que la erudición es un simple instrumento para las ciencias morales, así como el álgebra para las cuestiones prácticas de mecánica y geometría.

»Cada siglo deposita muchos elementos de su época en la que describe, y quiere recibir instrucción en su propio idioma; de aquí la inagotable novedad de la historia, á pesar de la inalterabilidad de los acontecimientos. Su conocimiento material pertenece á la crítica; el publicista proporciona la interpretación filosófica, y trasforma la simple relación en enseñanza sublime de lo que conserva y altera en un pueblo los fundamentos de la sociedad; aplica la moralidad de los hechos á las cuestiones supremas de organización social y, asociando á la ciencia de los conocimientos la de sus causas, descubre el carácter real bajo la aparente corteza, corrige los juicios errados y deduce las justas consecuencias. De esta manera es como el historiador se hace creador.

»Las felices temeridades de la crítica han dado frutos más abundantes que los que se esperaban; pero, así como en las primeras experiencias de Montgolfier se creyó haber conquistado el espacio de los aires, y en la primera sacudida del galvanismo se figuraron haber obtenido el principio de la vida, asimismo la crítica quiso asignar leyes de que procediesen los hechos. De aquí teorías vagas, sistemas generales, orgías de la imaginación ó del razonamiento, que un nuevo descubrimiento ó la menor reflexión convierten en humo.

»No basta conocer, es preciso juzgar. Para caminar, es necesario saber á dónde se va, y para obrar saber lo que se quiere. Pero otra cosa es tener un sistema, una intención; negar esto equivaldría á decir que no hay necesidad de ideas; porque esto significa proponerse un objeto, formarse con su asunto un plan lúcido y seguro. ¿Qué son los hechos aislados? Armaduras depositadas en un museo, dentro de las cuales la imaginación puede colocar un monstruo ó un héroe, Ezzelino ó Ferruccio. Son postes de señal en medio de una selva que indican el camino cuando están dirigidos en cierto sentido, y no sirven de nada cuando yacen por tierra. Es fácil inclinar la historia á tal ó cual suposición; la realidad puede conducir á la hipótesis y el hecho engendrar la utopía. No hay más ciencia que la que une los acontecimientos, y los explica sacándolos del estado de fragmentos aislados é incoherentes; así como nosotros no llamamos arquitecto á aquel que extrae los materiales, los entresaca y amontona, sino al que se sirve de ellos para construir un edificio que reúne utilidad y belleza.

»La historia registra las experiencias morales á las cuales se entrega la humanidad desde el principio del mundo: las clasifica según su sucesión y dependencia, de modo que descubre la ley de su encadenamiento, con el objeto de revelar el porvenir de la especie humana y enseñar á las sociedades cuáles son los hechos coexistentes en su seno los que se encuentra en progreso ó en decadencia, los que se borran ó son proeminentes, con el objeto de que los pueblos sepan dirigirse, en lugar de abandonarse á una fatalidad ciega, y previendo los perfeccionamientos sociales llegados á separar los obstáculos y evitar los choques peligrosos. De esta manera, cada hecho se hace importante, porque á él conciernen los destinos de la humanidad; así es que los trabajos de cada uno convergen al bien de todos; y los conocimientos son el pasto intelectual y moral que cada hombre proporciona á la humanidad.

»Evítese, pues, si se puede, lo ideal y la caricatura: no hacer de lo presente un porvenir en que se sueña, ó un pasado que se echa de menos, sino pedir la razón á la historia, que une la actitud á la costumbre; porque si el astrónomo va con la cabeza levantada y el minero inclinado esto no nace de diferentes disposiciones, sino de la costumbre y de la oportunidad.

»Queda además la forma, más difícil en los países en que el lenguaje todavía se halla indeterminado, hasta en sus nombres, y en tiempos en que no prestando atención á ello la generalidad de los lectores, creen los autores poder descuidar su exactitud. El método científico ha embotado el gusto literario; y á fuerza de recordar que la historia es una ciencia se ha olvidado que es un arte, y que como tal aspira á la inmortalidad. Sí, como consecuencia de la necesidad de descubrir la verdad, el erudito soporta la incomodidad de un traje ordi-

nario, sólo los libros ordenados según un plan lógico pueden esperar vivir. El que tiene sus ideas bien claras puede renunciar sin titubear al lenguaje oscuro y pretencioso; pero no debe hacerse el esclavo de una sencillez despojada de todo adorno de una limpieza que nada deja ver en el fondo (31); le es preciso adquirir el gusto escrupuloso de la exactitud y del método, que llega después de muchos errores y ensayos.

»El escritor que no tiene más que un tono, no posee más que un tiempo; esto es á lo que se reducen los que (sobre todo en Italia) convierten á la historia en un simple ejercicio literario, adhiriéndose á las formas y á las frases en cuya uniformidad pulimentada se desvanecen las líneas, como un retrato iluminado en demasia. La elegancia del estilo sóbriamente pintoresco es necesario, pero no basta; es preciso una elección delicada de detalles y de imágenes, abundancia sin descuido, concisión sin oscuridad y la precisión que se combina con la facilidad. Es preciso que la relación ofrezca proporción en las partes, encadenamiento en los hechos, novedad en la forma, habilidad en las transiciones, orden juicioso, sobriedad de imaginación, sensibilidad reservada; el atrevimiento en las ideas y la vivacidad de expresión no deben dañar á la sencillez de un gusto severo; en fin, es preciso que el autor sepa mezclar á la aridez de las indagaciones el calor de las emociones, y sin dejarse arrastrar demasiado por las memorias contemporáneas, dar á las narraciones una imparcialidad no menos picante y más variada que la pasión. No apruebo, pues, ni el estilo cosmopolita, adornado por algunos con el nombre de imparcialidad, ni los lugares comunes, inofensivos, entusiasmo frío, al que sin razón se le dan los nombres de amor á la patria y liberalismo. Es fácil ensartar palabras, hacer ostentación de un valor irreflexivo, de una pasión descabellada; sol de marzo que todo lo pone en movimiento y nada madura. Y sin embargo, si alguno esclama: *Allanemos los Apeninos para formar un solo Estado de la Italia*, arranca á la multitud aplausos más vivos que los que arrancaría aquel que surcara lentamente de caminos sus montañas, y reuniese por las ideas y los sentimientos á los hijos de la misma tierra.

»Trabajad en la santa dignidad de lo verdadero, y en la majestad de la independencia solitaria. ¿Quién no os concederá atención? La imprevisora multitud de nuestra época, la ciega necesidad de

(31) «Juzgar y contar á la vez; manifestar todos los dones de la imaginación en la pintura exacta de la verdad; complacerse en todo lo que hay vida y movimiento, dejar al lector, como á sí mismo, su libre albedrío para vituperar ó aprobar; unir una especie de suave ironía, á una imparcial benevolencia, tales son los rasgos principales de la narración francesa.» BARANTE, Prefacio á la *Historia de los duques de Borgoña*.



gozar de los frutos, cuando apenas se ha echado la semilla, ponen al hombre reflexivo y profundo en una triste situación, no dejan apreciar la influencia fecunda del tiempo, y hacen aspirar á lo excesivo, á lo inmenso que no está en el destino de los hombres, cuyos deseos solos son infinitos. No, no basta decir á la inteligencia: *Sé libre*; es necesario decirle también: *Sé fuerte, ten la energía de la moderación.*

»Pero la mayor parte de los hombres tienen la vista tan corta, que no conocen más que dos causas; y si demostráis que la una no tiene razón, sacan en consecuencia que la otra la tiene. Si haceis cargos á Carlos I, deducen que haceis el elogio de Cromwell; si poneis en relieve la piedad de Port-Royal, es porque despreciáis sus adversarios, y al que reconocia mérito en un alemán, le acusaban de desleal á Italia. No podríais contentar á todo el mundo, aun cuando os resignáseis á la fastidiosa monotonía de una alabanza perpétua. Pero si no ambicionais la gloria que el vulgo dispensa á los que adulan sus pasiones, si no acariciáis á los presuntuosos que, incapaces de crear, tienen á menos adquirir importancia con charla sonora y agitación, si lavais á vuestra patria de la acusación de no cuidarse más que de periódicos, novelas y todo el farrago extranjero; si os dedicais sin ruido á introducir la levadura en la masa inerte, á alimentar el talento con ideas y el corazón con sentimientos; si teneis el valor de hacerlos anatematizar por vuestros hermanos; si sabeis tener razón de una manera nueva y con tranquilidad; si un sentimiento de respeto hacia las grandezas reales no os impide mostrar la miseria de la sociedad antigua ni sus vicios, reconocer los méritos, entonces no aguardéis la suerte más deplorable, la de no escitar la admiración de nadie, y sólo si las honrosas burlas de los talentos superficiales, que leen por fastidio y juzgan por convenio; á los ataques de los que no queriendo ser turbados en su sueño, tratan de paralizar con el ridículo lo que no puede ser derrocado por la discusión; á la sincera intolerancia de los que están unidos á una causa por convicción, á la hostilidad mercenaria de los que se han alistado á ella por interés. «En medio de las oscilaciones de una sociedad que busca aun el equilibrio entre dos mundos, de los cuales el uno admira y el otro vitupera, no se puede aceptar la gloria sino esponiéndose á un oprobio. Si los que os ultrajan son personas á las cuales sois desconocido, consolalos en el silencio. Si son fuertes, abandonadles vuestra túnica y llevaos vuestra alma con toda su pureza igualmente distante del abatimiento que de la elevación, ambos efectos del orgullo, que impiden reconocerse como un simple instrumento de Dios. Los que reedificaban á Jerusalem trabajaban con una mano y tenían la espada en la otra. La vida es una milicia, batalla el escribir.

»Pensad que los escritos deben tener acción; que la literatura es un sacerdocio social; que la licencia no se deja reprimir sino por aquellos que han

dado prendas á la libertad, y que el que predica los deberes no es escuchado sino en tanto que lo merece, defendiendo los derechos. En el movimiento que hace que los hombres se dirijan hacia las ideas serias, útiles y benévolas, la razón es superior; y el que persevera en un largo trabajo conforme á sus convicciones, á través de las diferentes divagaciones de la inteligencia y la diversidad de opiniones, prueba que son en él reflexivas y sinceras; el mismo burlon concluye por conceder respecto á aquel que defiende con constancia un puesto vivamente disputado.

»Queda, pues, un camino al historiador que ha estudiado laboriosamente y ha aprendido á ocultar su trabajo; éste es el favorecer constantemente su inclinación al bien, apresurarse á apoderarse de él, á tener constancia y quererlo; mostrar sinceridad, porque el hombre sincero, aun engañándose, no se engaña más que á medias, nutrirse con las ideas que consuelan de la persecución y hacen honroso el martirio. En el momento de morir, Herder decía á su hijo: «Sugiere-me algún gran pensamiento; esto es solamente lo que me alivia.»

Así me hablaba mi preceptor, y sus palabras son más sagradas para mí porque las oigo salir de su tumba (32). He tratado de conformarme á ellas con todas mis fuerzas, buscando la verdad con constancia y queriendo decirlo con franqueza; he tenido combates y continuado marchando adelante seguro de hacer una obra útil, y deseando que otros pudiesen producir una perfecta.

¡Pueda yo al menos, para volver á mi punto de

(32) Habiéndose reproducido ya en los periódicos la carta que él me dirigió desde su lecho de muerte, perdóneseme la complacencia, pues no es vanidad, de insertarla á continuación:

«Mi honorable amigo:

»Has emprendido una gran tarea. Es un llamamiento en campo cerrado á todas las hipocresías, á todas las injusticias y á todas las ignorancias. Poco importa conocer lo pasado, cuando nadie se cuida de mejorar el porvenir. Para tí los hombres corrompidos y corruptores no son más que plebe, y no consideras nobles más que á los que han merecido bien de sus hermanos.

»¡Oh mi querido César, cuánta virtud en esta sola ideal! Cuánta fuerza de talento y de corazón existe en consagrar su pluma á la exuberancia del pensamiento llena de justicia y de verdad! No puede haber un corazón cristiano que no te anime con sus votos, sus elogios, sus gracias y sus bendiciones.

»Al enviarme tu obra te dices mi amigo y mi discípulo. Amigo, sí, con leal correspondencia del más afectuoso cariño. Discípulo, también, obteniendo de mí en el día, en cambio de la atención dócil, asidua y confiada que me prestabas, otra igual á tu hábil palabra, sorprendido y encantado de que la pluma de un ilustre italiano tenga tanto poder.

»Consérvate con salud, inspiración y perseverancia: regocíjate secretamente en tu conciencia, con el sufragio de todas las personas honradas que admiran el talento que Dios te dió, y el mérito de tu generosa resolución. Milan 6 de abril de 1838. Tu afectísimo amigo, etc.

J. B. de Cristoforis.

partida, haber hecho como los oscuros viajeros que precedieron á Cristóbal Colón! Su nombre fué olvidado porque perecieron en sus audaces tentativas; señalaron, no obstante, islas y parajes desconocidos, que animaron á mayores osadías: si después de haber conducido sólo con mis fuerzas á la historia hasta el estado de poder juzgar lo pasado para preludiar el porvenir; si después de haber dotado á mi patria con una obra de que carecía y que tal vez á ella sola faltaba; fatigado, pero no

cansado; batido, pero no vencido; naufrago tal vez, pero salvando el tesoro de mis convicciones: si puedo, digo, entonar en la lejana orilla el himno de la verdad, de lo bello y del bien, no pediré á los lectores que me aplaudan, pero sí que me amen. Y si ¡qué he de esperarlo! la palma de la perseverancia se me concediese voluntariamente, ¡con qué dulce alegría la recibiría para presentarla en homenaje á mi patria!

Milan, enero de 1844.